

# Clubes de lectura

JESÚS ARANA PALACIOS

## Los clubes de lectura y las bibliotecas públicas

En los últimos quince años los clubes de lectura se han extendido en España formando una red que abarca todo el territorio. Seguramente porque la mayoría de ellos han surgido al amparo de las bibliotecas públicas y éstas son un servicio de proximidad que llega por igual a los centros históricos de las grandes ciudades y a los pueblos más recónditos. La consecuencia es que en un periodo relativamente corto los clubes han pasado de ser un fenómeno casi exótico a convertirse en parte de nuestro paisaje cultural. Es raro que alguien no tenga un club de lectura a pocos minutos de su domicilio o que no conozca a una persona que forme parte de alguno de ellos. Incluso en pueblos muy pequeños son los propios bibliobuses, que suplen la falta de bibliotecas, los que están organizándolos <Soto 2016>. [Entre ángulos, las referencias que se encuentran en el Apéndice web. N. del E.].

No abundan las estadísticas sobre el número exacto de clubes existentes, pero a partir de las cifras que dan algunas comunidades autónomas podemos hacernos una idea (a pesar de que no tienen la misma implantación en todas ellas). En Extremadura existen 260 clubes de lectura <Noticias EFE 2015>, en Andalucía, 430 <Teletipos 2015>, en Murcia, 178 <eBiblio 2016>, en Navarra, 125 <Oliveira Lizarribar 2015>. En bibliotecas dependientes de la Diputación de Barcelona, unos 300 <Disfrutar 2013>. Sólo en la provincia de Albacete, más de 300 <Cultura 2016>, Podríamos seguir, pero no dejarían de ser cifras aproximadas, cambiantes y que no siempre hablan de lo mismo: en unos casos se están refiriendo solo a clubes de lectura para adultos, en otros se incluyen también los infantiles y juveniles, unas veces se contabilizan los que dependen de las bibliotecas públicas, otras los que hacen uso del servicio de préstamos de lotes. En cualquier caso se trata de cifras considerables y que siguen aumentando.

Lo que está claro es que en lo que se refiere a las bibliotecas públicas, los clubes de lectura han ido adquiriendo cada vez un mayor protagonismo. Prácticamente en todas las comunidades autónomas hay servicios centralizados de adquisición y préstamo de lotes de libros para sus clubes de lectura, se

organizan cursos para coordinadores, se editan folletos, agendas y pósters anunciándolos, se convocan encuentros provinciales o regionales. También en los últimos años ha empezado a aparecer bibliografía especializada [Arana y Galindo 2009 y Carreño 2012]. Todo esto tiene al menos dos efectos. Por una parte, cada vez hay más facilidades para que cualquier biblioteca pueda poner en marcha un club de lectura, y por otra, van ganando en visibilidad. Los clubes suelen generar en la prensa local más noticias que cualquier otro servicio bibliotecario. La visita de un autor, la excursión del club de una localidad a una bodega para hacer una cata de vino, un viaje literario, un recital, un pequeño concierto son actividades complementarias que con frecuencia aparecen recogidas en los periódicos o en los programas de radio locales. Son tremendamente variadas y originales las propuestas culturales que se llevan a cabo en el entorno de los clubes de lectura. Muchas personas que no son usuarias de las bibliotecas se enteran así de su existencia. La aparición de un nuevo club, y más cuando es especializado (en ciencia-ficción, en literatura de viajes, etc.) se convierte en noticia. A veces, incluso es el propio concejal o concejala (cuando no la consejería) quien se encarga de anunciarlo. Así, es muy habitual que, incluso en aquellas localidades donde la biblioteca no los ofrece, terminen surgiendo por demanda de los propios usuarios y usuarias. Hasta los políticos han empezado a interesarse. Eso sin contar con que la mayor parte de los clubes disponen de blogs y páginas web donde anuncian sus programaciones, publican reseñas de los libros que están leyendo y dan cuenta de su actividad y todo esto es en sí mismo un escaparate.

## La percepción social de los clubes de lectura

Además, otros fenómenos se han venido a sumar a la proliferación de estos grupos. De un tiempo a esta parte da la impresión de que la lectura en general y los clubes de lectura en particular tienen más *glamour* y gozan de una mayor atención por parte de suplementos de periódicos y de revistas de moda. Algo que está relacionado con el hecho de que actrices famosas como Emma Watson o Reese Witherspoon hayan decidido poner en marcha su propio club de lectura en Twitter y en Instagram <Alyssa Bailey 2016>. Lo mismo que ha hecho el creador de Facebook, Mark Zuckerberg <Fernández S. 2015>. Existen tiendas de lencería y productos eróticos que disponen de un club de lectura y hasta Lisa Simpson (la hija empollona de Los Simpson) tiene el suyo. A veces saltan a los grandes periódicos noticias curiosas como la existencia de un club de lectura de mujeres en topless de Nueva York —El club *Topless Pulp*

Fiction— que en realidad es parte de una campaña más amplia sobre el derecho a decidir sobre el propio cuerpo <Segurola 2016>. Pero más allá de lo anecdótico de estas noticias, es evidente que contribuyen a cambiar la percepción que algunas personas pueden tener *a priori* de los clubes de lectura, como algo cerrado, académico y excesivamente serio. Se empieza con eso y se termina, como hizo no hace mucho el suplemento «Metrópoli» del diario *El Mundo* <Caso 2015> con un reportaje en el que se reseñan (y se destacan) diez clubes de lectura con una trayectoria ya consolidada.

Efectivamente, los medios de comunicación tienen un papel relevante en este *boom* de los clubes de lectura. Es difícil medir la influencia que ha podido tener en Estados Unidos, donde se calcula que al menos cinco millones de personas forman parte de algún club de lectura <Kirch 2016>, alguien como Oprah Winfrey con su club (primero en televisión y después en la Web). Desde luego en España no hay nada parecido, pero que programas de radio con audiencias más que respetables, como *A vivir que son dos días* (de la Cadena Ser) o periódicos como *Diario de Navarra*, tengan clubes de lectura ya muy asentados sin duda contribuye a que los clubes de lectura formen parte de la vida cotidiana de mucha gente.

Y si la percepción que la población en general tiene respecto a los clubes de lectura ha ido cambiando en los últimos años, esto es mucho más acusado en el caso de los escritores y escritoras. Son habituales (cuando no abrumadoras) las invitaciones para participar en encuentros más o menos multitudinarios de clubes de lectura y raro es el autor de novelas sobre todo que no ha tenido alguna experiencia en este sentido. Es algo que tiene su reflejo en las propias obras. Si en los años ochenta habría sido casi imposible encontrar una novela donde se mencionara un club de lectura, en lo que llevamos de siglo han aparecido unas cuantas en las que el devenir de un club de lectura y sus miembros son el *leit motiv*, el eje central de su argumento.

Muchos escritores y escritoras son miembros de un club de lectura al que acuden con regularidad, y lo hacen por las mismas razones que cualquier otra persona. Muchos de ellos se han convertido en coordinadores. Incluso son llamados para apadrinarlos. Así, no hace mucho aparecía en un periódico este titular: «Nueve escritores vallisoletanos apadrinan sendos clubes de lectura» <Europa Press 2014>. Los talleres de escritura creativa también han descubierto las ventajas de los clubes de lectura y la mayoría de ellos —Fuentetaja <s. a.>, Hotel Kafka <2015>, etc.— disponen de clubes o en cualquier caso recomiendan a los futuros escritores que se inscriban en uno. Existen experiencias en las que un club de lectura se ha utilizado como filtro durante algunas de las fases de deliberación sobre los relatos presentados a un certamen. Habla-

mos siempre de clubes de lectura presenciales porque algunas escritoras de éxito como J. K. Rowling <«La creadora...» 2012> o Laura Gallego tienen sus propios clubes virtuales con muchos seguidores.

## Los clubes de lectura, las librerías y las editoriales

Si las bibliotecas públicas son las instituciones que primero acogieron los clubes de lectura y que más han hecho por extenderlos hasta el último rincón del país, en los últimos años las librerías han apostado decididamente por ellos. A menudo con planteamientos más rompedores y más originales. Se trata de un aspecto más de la tremenda reconversión que han experimentado las librerías y que las ha llevado a convertirse en espacios híbridos donde no es solo habitual que dispongan de cafetería y restaurante sino que en ocasiones los clientes pueden encontrar entre los libros expositores con botellas de vino, productos ecológicos, juguetes eróticos o, en el otro extremo, repostería elaborada por monjas de clausura. Lo que está claro es que los espacios están cada vez más cuidados y son más acogedores, y que entrar en una librería es en sí mismo toda una experiencia. Por supuesto se presentan libros por parte de los autores, como se ha hecho siempre, pero también se organizan conciertos, conferencias, exposiciones, degustaciones, y en ese contexto, los clubes de lectura encuentran un caldo de cultivo idóneo.

Los clubes son grandes generadores de relaciones y tienen tendencia a fidelizar a sus miembros. Esto es común a los clubes de las bibliotecas y los de librerías, pero tienen diferencias evidentes. No es raro, por ejemplo, que las librerías cobren por formar parte de un club. O que lancen ofertas como descuentos sobre el precio del libro que se va a comentar o que inviten a tomar algo (un café, un vino) como parte de la inscripción. Así se describía en el dominical de *El Periódico* <«Clubs de lectura...» 2013> una reunión del club de lectura de la librería L'Espolsada con la presencia del autor de la novela que habían leído:

Hay que apartar mesas y estantes para despejar parte del espacio y formar el gran círculo de sillas plegables en las que se sentarán los miembros del club. Aquí todo el mundo se arremanga. A medida que van llegando los participantes, se suman a la tarea de transformar la librería en ágora, entre efusivos saludos, relatos de las últimas novedades vitales y preguntas por los que aún no han llegado. Son más que compañeros de lecturas: han surgido amistades.

En otro momento el periodista recoge otra reflexión de la librería a propósito de lo importante que es la complicidad con los editores para el éxito de los clubes:

Cuando empecé, en el 2007, me sorprendió ver que los dos colectivos nos dábamos la espalda, cuando vamos en el mismo barco. Pero en este tiempo, supongo que por la crisis, muchos editores han empezado a ser conscientes de que nos necesitamos, y se han puesto a nuestra disposición para llevar a cabo actividades como esta.

Es cierto que algunas editoriales —como Pulpture, especializada en libros de ciencia-ficción— tiene su propio club que se reúne en la librería Tuuu de Madrid <Sánchez 2015>, pero sorprende que no haya una mayor voluntad de colaborar entre los clubes y las editoriales. Estas últimas podrían utilizar de vez en cuando a los clubes como banco de pruebas (se trata al fin y al cabo de una muestra muy representativa de un universo mucho más amplio) donde experimentar con determinadas colecciones antes de su lanzamiento, por ejemplo, a cambio de ser generosos y proporcionar lotes de libros en *stock* o de facilitar encuentros con autores. Sería uno de esos casos de *win-win*, en el que las dos partes obtienen beneficios.

El hecho de que las bibliotecas públicas y las librerías pongan en marcha clubes de lectura está dentro de lo que podríamos considerar la misión de estas instituciones y su compromiso con el fomento de la lectura. Lo dice claramente la librería Fe Fernández: «A mí lo que más me satisface de haber puesto en marcha estas sesiones mensuales es haber conseguido que gente que a lo mejor leía un libro al año ahora lea al menos 11» <«Clubs de lectura...» 2013>. Solo por eso estaría justificado. Por supuesto que luego están todos los efectos psicológicos, de participación en los debates sociales, de ejercicio de democracia y de escuelas de ciudadanía sobre los que no falta literatura profesional, pero la lectura tiene un papel central.

Lo que empieza a resultar mucho más novedoso son fenómenos como el de Ciervo Blanco. En poco más de dos años pasaron de reunir a cuatro personas en una primera tertulia a convertirse en una comunidad de más de 1500 lectores <Pérez 2015>. Ellos mismos se definen como un club de lectura con presencia en distintas plataformas, que organiza tertulias literarias en español y en inglés, talleres de escritura creativa y otros eventos. Y recalcan que siempre de forma gratuita, siempre en el mundo real, siempre en relación con las letras y que se reúnen en distintos locales de Madrid, adaptando el espacio a las necesidades del grupo y del evento.

En este planteamiento hay varios aspectos que llaman la atención. En primer lugar que son grupos abiertos, que pueden cambiar, y de hecho

cambian, de una tertulia a otra tanto en su número como en su composición, y que no están ligados a un único espacio. Es necesario inscribirse, reservar plaza y a través del correo electrónico o las redes sociales se les informa de la diferentes ofertas. Esta variedad, apertura y falta de compromiso hace que esté mucho mejor adaptado a un público más joven. Además tienen menos prejuicios a la hora de seleccionar las lecturas y no les importa programar tertulias sobre *bestsellers*, lo que ellos mismos consideran parte de su éxito. Y también llama la atención la insistencia en lo de «siempre en el mundo real». Porque lo que han proliferado también en los últimos años y han sido muy estudiados son los clubes de lectura virtuales en todo tipo de plataformas, lo último en WhatsApp.

Para terminar con estos clubes de lectura orientados sobre todo a ser una oferta de ocio cultural, deberíamos mencionar las cafeterías y restaurantes. Ya no es tan extraño que un club de lectura de una biblioteca abandone su sede habitual y por una u otra razón celebre su tertulia en los lugares más insólitos: la sala de un museo, una bodega, un casino y, por supuesto, un restaurante o un café más o menos literario. Lo que está pasando desde hace algún tiempo además es que existen cafeterías con sus propios clubes.

## Los clubes de lectura y el ámbito educativo

Existe un cierto consenso en considerar que los clubes de lectura en bibliotecas públicas surgieron en nuestro país a mediados de los años ochenta. Lo que ha pasado en la última década es que se han extendido a otros ámbitos. Y con respecto a esto, donde parece que se han descubierto de manera algo tardía pero entusiasta ha sido en la comunidad educativa. En todos sus niveles, además. No hay prácticamente universidad española que no cuente con su oferta de clubes de lectura. En muchos casos, cuando están compuestos por alumnos, tienen algún tipo de compensación y reconocimiento académico. No hay que molestarse mucho en buscar argumentos que avalen esta dimensión educativa de los clubes. Y no solo porque fomenten el gusto por la lectura. El hecho de que los alumnos y alumnas aprendan a elaborar un discurso verbal, a argumentar, a persuadir y en definitiva a trabajar técnicas comunicativas puede ser tan importante o más que la propia lectura. Se trata de un complemento idóneo para una educación que está mucho más orientada a trabajar la expresión escrita. Esto es algo que también han descubierto los profesores de institutos y en alguna medida también los de las escuelas de Primaria.

A veces con los clubes se buscan otros objetivos, como mejorar el conocimiento mutuo y la convivencia. Hay muchísimas experiencias, y muy positivas, de grupos de lectura compuestos por profesores y padres y madres de alumnos. Es una manera de estrechar lazos, lo que sin duda redundará en la calidad de la enseñanza. También hay clubes mixtos de profesores y alumnos. En algunos casos es una asociación de exalumnos la que propone un club de lectura como una manera de mantenerse en contacto y tener una excusa para reunirse. Incluso hay un club de una asociación de docentes jubilados con un nombre bien significativo, La Tribu Educa <2012> y que pone de manifiesto algo que es bien sabido, y es que cuando una vocación se vive de manera apasionada la jubilación no es ni mucho menos un punto final. Con un objetivo parecido, orientado sobre todo a la reflexión, lanzó no hace mucho la Asociación de Maestros Rosa Sensat su propio club de lectura Educación y Sociedad <Rosa Sensat 2015>.

Y con todo, donde los clubes de lectura han demostrado con mayor claridad su eficacia (hablando de sus cualidades educativas), es en el aprendizaje de idiomas. A nadie se le escapa que se trata de un entorno propicio para la práctica de un idioma que se está estudiando. El Instituto Cervantes (IC) tiene clubes de lectura prácticamente en todas sus sedes diseminadas por el mundo (por ejemplo, en Lisboa [s. a.] o Estambul [s. a.]). Además de los presenciales, el IC tiene clubes virtuales de lectura <RBIC 1996-2016>. Existen también en España muchos clubes de lectura ELE (español como lengua extranjera) pensados en personas que ya están viviendo en nuestro país y quieren mejorar su conocimiento del idioma. Y lo mismo ocurre con los organismos equivalentes —el British Council, la Alliance Française— en España. Las escuelas de idiomas, los departamentos de inglés, francés, alemán, italiano en los institutos y universidades también han encontrado en ellos unos perfectos aliados. Cada vez más bibliotecas públicas y librerías, conscientes de que hay una demanda creciente, ofertan clubes de lectura en inglés. Y, por supuesto, en las comunidades bilingües existen clubes en euskara, catalán y gallego para las personas que se están introduciendo en estos idiomas y también, lógicamente para aquellas para las que alguno de estos idiomas cooficiales es su lengua materna. Los clubes de lectura pueden servir eficazmente también para mantener la lengua materna en personas que viven en el extranjero <Millán 2013>.

## Los clubes de lectura como instrumentos de difusión y sensibilización

Todas las instituciones que tienen como una de sus principales misiones la difusión (de sus colecciones o sus actividades) parecen haber descubierto últimamente las bondades de los clubes de lectura. Hace un par de años fue noticia que la Real Academia Española ponía en marcha un club de lectura como parte de las celebraciones de III centenario de la institución <Huelves 2014>. Con ese mismo espíritu existen museos que tienen su club de lectura. El Museo del Romanticismo, el Museo América, El Museo Cerralbo, el de Ramón Gaya son algunos ejemplos <Redacción 2013>. También existen asociaciones, ateneos y fundaciones de todo tipo con su propio club. El centro de documentación de las artes escénicas de Huelva tiene el suyo, lo mismo que el parque de las ciencias de Granada, la casa natal de Pérez Galdós o espacios musicales, como el de Tarrasa. El Instituto Elcano tiene un club de lectura de política itinerante, que como los de Ciervo Blanco, va trasladando el lugar de sus reuniones temáticas, que se anuncia en su web *Blogger Elcano* <2015>.

Podríamos incluir entre estos clubes de lectura orientados a la difusión, los que organizan instituciones como Casa África, Casa Asia, la Fundación Euroárabe, etc. Lo que pretenden todas ellas lógicamente es transmitir el conocimiento y el respeto por los países, los continentes y las culturas de las que se ocupan y hacernos tomar conciencia de la diversidad de nuestras propias sociedades. Opinan con razón que solo desde el reconocimiento se puede construir una convivencia plena. También podríamos mencionar en este sentido algunas experiencias interesantes de clubes de lectura «transfronterizos» como el que constituyeron la Biblioteca de Guadalajara y la de Cologno Monzese (en Milán), que compartían lecturas y de vez en cuando tertulias conjuntas por videoconferencia <Calvo *et. al.* 2008> o el de Barcelona-Medellín <Medellín 2016> o la experiencia de lectores de Mieres con lectores guatemaltecos <A. L. 2009>.

En cuanto a la sensibilización, es muy habitual que los clubes programen la lectura de determinados libros para hacerlos coincidir con campañas puntuales. Pueden, por ejemplo, buscar lecturas para debatir (a veces con la presencia de expertos) sobre los inmigrantes, el cambio climático, los desórdenes alimenticios, la salud mental, el acoso escolar, etc. Existe un club de lectura ecologista —el club Petra Kelly— vinculado al *think tank* EcoPolítica, en el que debate sobre ensayos de temática medioambiental, energía, las ciudades, el ciberespacio, etc. <EcoPolítica 2013>. Por supuesto, existen clubes de lectura



con perspectiva de género o clubes LGTB, como el que oferta la biblioteca Francesca Bonnemaison <s. a.> de Barcelona en colaboración con el Programa de Derechos Civiles del Ayuntamiento, y que se anuncia como un foro para reflexionar sobre la búsqueda de la identidad sexual.

## Los clubes de lectura y el ámbito sanitario

En un club de lectura organizado por la Dirección para la Promoción de la Cultura Científica (del Instituto de Cultura de Barcelona) <Nota de prensa 2008> se proponía hace algún tiempo la lectura de la novela de Martin Winckler *Las confesiones del Doctor Sachs* en la que se narra el día a día de un médico de familia en una pequeña población francesa, con el objetivo explícito de debatir sobre «el papel de la atención primaria en el sistema sanitario y cómo mejorarlo». Los usuarios del Centro de Rehabilitación Psicosocial del Hospital San Juan de Dios de León disponían de una sala para desarrollar un club de lectura que ya tenía nombre —El Club de los Poetas— y que iba a estar coordinado por los propios monitores del centro <Redacción 2015>. En el Hospital Ciudad de Jaén se ponía en marcha un club para las personas que siguen tratamiento en el centro abierto de neurotraumatología <Centro Andaluz de las Letras 2013>. En el Hospital de Torrecárdenas (Almería), también existe un club para usuarios y profesionales de la unidad de Nefrología y Hemodiálisis. La iniciativa, aclaraban sus responsables cuando la dieron a conocer, pretende «fomentar la lectura entre los usuarios de hemodiálisis, así como entre los profesionales que los atienden, y mejorar las relaciones personales y de amistad entre los integrantes del club» <J. M. 2010>.

El Colegio de Enfermería de Navarra o el Hospital Universitario de Móstoles (por poner dos ejemplos) tienen clubes de lectura orientados al personal sanitario que comparte su afición por la lectura, aunque en principio no buscan libros que tengan relación con el trabajo que desempeñan. Pero hay casos en que sí lo hacen. El año pasado fue noticia que el congreso más importante que se celebra en el mundo sobre el cáncer —el de la Sociedad Americana de Oncología Clínica— con más de 30 000 asistentes, programa entre las ponencias, comunicaciones, mesas redondas, pósters y encuentros de todo tipo, tenía también un club de lectura, y no para debatir sobre artículos profesionales sino sobre novelas que tienen, eso sí, relación con el cáncer <Iriberry 2015>. La promotora de este club es la oncóloga Teresa Gilewski, experta en cáncer de mama y partidaria de «una visión humanística del tratamiento de la enfermedad».

En otros casos, como el Club de Lectura de Ciencias de la Salud y de la Vida de la Universidad Europea de Madrid <s. a.>, su vocación es mucho más formativa. Se leen ensayos de bioética, biografías de médicos, obras que analizan aspectos psicológicos de la enfermedad, etc. En esa misma línea, tanto el Hospital Universitario Puerta del Mar de Cádiz, como el Hospital Psiquiátrico Román Alberca de Murcia, proponen clubes de lectura de artículos profesionales (la mayoría en inglés) para el personal médico.

## **La dimensión integradora de los clubes de lectura**

Hemos dejado para el final, quizás porque es la más importante, la dimensión integradora de los clubes de lectura. Es aquí donde encontramos sin duda las experiencias más conmovedoras, reconfortantes y necesarias en relación con este fenómeno. Voluntarios y voluntarias que van a las cárceles cada mes a proporcionar, a través de los debates sobre libros, un momento para desconectar y hacer un paréntesis en sus vidas. Hay ejemplos muy consolidados, como el de Alcalá de Gaudaira, en colaboración con la biblioteca pública <Bibliotecas Públicas 2007> y otros mucho más recientes, como el de Jaén, que se ha creado hace apenas unos meses <Europa Press 2016>. O experiencias tan geniales como la del club de lectura de Gibraltor con los miembros del club de lectura de la prisión <Regueira 2016>. Que un grupo de personas se presten a leer una novela, como hacen habitualmente, pero esta vez para comentarlo en el interior de una cárcel con un grupo de presos con quienes comparten la afición por la lectura es sin duda una experiencia que tiene aspectos muy positivos para ambas partes. Hay clubes de lectura, como el del Café Stevia de Lorca que se comprometen en campañas solidarias junto con la Cruz Roja y se molestan en conseguir que algunos escritores donen libros, en organizar una rifa y comprar con los beneficios juguetes para niños de familias desfavorecidas <Redacción 2015>.

Existen clubes de lectura en el marco de programas como el de las Bibliotecas Interculturales de Andalucía <2003> con el propósito de favorecer la integración de la población inmigrante. Clubes de lectura como Seis Puntos de la ONCE (el nombre del club hace referencia al sistema Braille), que no solo promueve y fomenta la lectura, sino el encuentro y el intercambio de opiniones de personas con problemas de visión <Pérez-Bryan 2014>. En Llodio existe un club para personas con discapacidad intelectual <Zuin, s. a.>, en La Alhóndiga (en Bilbao), otro para personas con parálisis cerebral <Horra 2015>.

No hemos mencionado hasta ahora la variable de la edad. Existen muchísimos clubes de lectura infantiles y juveniles repartidos por todo el país, dependientes a veces de centros educativos, pero también de bibliotecas, espacios culturales (como Laboral <s. a.>, de Gijón). Tienen sus propios encuentros, como los celebrados recientemente en Sevilla y en Almería. Con iniciativas tan importantes como el premio Mandarache en Cartagena. Por existir, hasta existe un club de lectura para bebés, como el que propone la librería A Peu de Pàgina, de Sarrià <Redacción 2014>. Y con gozar de buena salud, estos clubes juveniles, fenómenos como los *booktubers* o las grandes tiradas de algunas novelas, que van cambiando de temporada en temporada, nos permiten anticipar que se pueda producir una explosión de clubes de lectura de jóvenes en los próximos años.

Si relacionamos la variable de la edad con esta vertiente integradora de la que veníamos hablando, encontramos que se están llevando a cabo experiencias sumamente interesantes para favorecer la convivencia y la solidaridad intergeneracional. Un programa pionero y valioso fue Leo para Ti de Peñaranda <Moreno 2013>. Más recientemente, el proyecto del Club de Lectura Intergeneracional del Ayuntamiento de la Vall de Uxó fue uno de los finalistas del premio Biblioteca Pública y Compromiso Social que otorga la Fundación Biblioteca Social <Redacción 2016>. Las tertulias intergeneracionales que organizan constituyen un espacio de encuentro y convivencia entre los alumnos del PMAR (Programa de Aprendizaje y Mejora del Rendimiento) del IES Benigasló, el club de lectura de gente mayor de la Biblioteca Municipal y los residentes del Hogar Sagrada Familia. Y también desde aquí se han llevado a cabo experiencias interesantes con la población inmigrante.

En este ámbito de la integración se está haciendo una labor extraordinaria desde las asociaciones de lectura fácil. Se está utilizando esta técnica con mucho éxito para personas con dificultades de lectura por razones físicas, psicológicas o sociales. La escritora Almudena Grandes hablaba de un grupo de mujeres en Sanlúcar de Barrameda. Algunas de ellas, que habían sufrido situaciones de pobreza y hasta de malos tratos, habían tenido que aprender a leer para llegar a participar en un club de lectura que les llena de dignidad y respeto de sí mismas <Grandes 2012>.

No es necesario insistir en esta capacidad de los clubes para proporcionar a sus miembros autoestima y sensación de pertenencia a una comunidad. En sí mismos constituyen mecanismos de participación y son grandes generadores de capital social. Una capacidad que quizá está menos presente en los clubes virtuales, los que nos faltaría mencionar para completar esta panorámica. Hay

clubes que utilizan todo tipo de plataformas y aplicaciones (WhatsApp, Facebook, Twitter, Instagram, blogs, páginas web, etc.). Por supuesto, no hay que negarles su importancia a la hora de llegar a personas que por cualquier razón no tienen posibilidad de ser miembros de clubes de lectura presenciales. Además, están cumpliendo una labor importantísima al menos en dos aspectos: por una parte en la alfabetización, sobre todo de personas adultas, en las tecnologías de la información, lo que contribuye a reducir la brecha digital, y al mismo tiempo se han convertido en prescriptores para muchas lectoras y lectoras que confían en las sugerencias de los coordinadores de estos clubes, y se avienen a seguir un ritmo determinado de lecturas, además de disfrutar escribiendo sus comentarios y leyendo los de los demás. ¿Qué se pierde en estos clubes? Obviamente el contacto directo.

Lo que podemos concluir después de esta mirada a vista de pájaro de los clubes de lectura en España es que son unos grupos en los que en todos, en mayor o menor medida, están presentes estas dimensiones: cultural, integradora, formativa e incluso terapéutica. Algunos son muy participativos y en otros hay un liderazgo indiscutible de su coordinador o coordinadora; a unos les gusta la rutina e incluso los rituales, y otros están continuamente improvisando. Cada vez se utilizan más para explorar otros ámbitos fuera de la literatura y a través de ellos se propician encuentros con científicos, artistas o deportistas. Con el club de lectura se viaja, se va al teatro o al cine, se tienen experiencias gastronómicas, se participa en maratones de cuentos. Se proponen citas a ciegas (como la Olvidoteca de la biblioteca de Córdoba), con libros a los que se les elimina la portada, contraportada y todo tipo de paratextos para ver hasta qué punto nos influye conocer la identidad de un autor. Se hacen catas de libros. El club de lectura es una pieza importante de proyectos que movilizan a toda una ciudad. Pero a veces es el propio club el que se ramifica y a partir de un grupo de lectores se llegan a organizar ferias, mercadillos y proyectos de participación aún más ambiciosos. Los encuentros provinciales y regionales de clubes de lectura suponen una de las fiestas literarias más importantes que puede vivir una ciudad a lo largo del año. Y es que esta parece ser la más secreta vocación de los clubes de lectura, que esa cultura del diálogo que representan termine impregnando la ciudad en su conjunto.

## Referencias

(Para las referencias de artículos sobre comunidades y proyectos de lectura concretos, véase el Apéndice web de este capítulo)

ARANA PALACIOS, Jesús y GALINDO LIZALDRE, Belén, *Leer y conversar: una introducción a los clubes de lectura*, Gijón: Trea, 2009.

CARREÑO, Óscar: *Clubes de lectura: obra en movimiento*, Barcelona: UOC, 2012.